

Aproximación al enigma de los Ángeles Arcabuceros

Íride M. Rossi de Fiori¹, Mariana Remaggi¹

Resumen

A partir de la observación y el análisis de las pinturas andinas denominadas «Ángeles Arcabuceros», proponemos una teoría que relaciona la producción masiva y en serie de las mismas, con la estrategia de evangelización de los jesuitas durante su controvertido paso por Latinoamérica durante la época de la colonia.

En esta aproximación a lo que consideramos el enigma de los Ángeles Arcabuceros, recorreremos ligeramente las obras y nos asomamos a las posibles autorías de los lienzos sin firmar, abordando también el perfil evangelizador de la orden jesuítica denominada la Compañía de Jesús. Nuestra intención es que este acercamiento nos permita luego profundizar en los detalles de las obras, su relación con los jesuitas y la incidencia de las mismas en las comunidades originarias del Cuzco.

Palabras clave: Ángeles arcabuceros, jesuitas, conquista, estrategia de evangelización, arte colonial andino

Introducción

Al analizar detenidamente las manifestaciones pictóricas de América del Sur² se nos impuso un tipo de obra de carácter religioso, que se apartaba notablemente de las composiciones artísticas, cuadros y esculturas ya existentes en esos lugares y que se diferenciaba de manera sustancial de las representaciones tradicionales de Europa y Oriente. Encontramos obras originales reproducidas por diferentes pintores en talleres a cuyo frente estaban los

artistas, generalmente religiosos que llegaron a nuestro continente con las diferentes órdenes. El material comprendía obras o copias de distintas escuelas o movimientos europeos. Frente a éste se impusieron trabajos que no se podían comparar ni identificar con el diseño y ejecución de lo conocido. Estos cuadros, que se apartaban del resto, fueron denominados, sin intentar dar una explicación, «Ángeles Arcabuceros».

Aunque estas obras nos interesaron muchísimo, sabíamos que habíamos comenzado

¹ Equipo de Investigación de EUCASA.

² Nos interesamos en el estudio e investigación de este fenómeno pictórico cuando recorríamos los conventos religiosos, especialmente Santa Clara de Quito, Ecuador, ubicadas especialmente en la zona andina (Perú, Bolivia y Ecuador).

el camino investigativo al revés; por las obras, los talleres, los pintores. En realidad, lo que teníamos que hacer era lo siguiente: ir hacia atrás en la historia y en el tiempo, para encontrar los motivos de los cambios artísticos, y enunciar de manera tentativa, que estos caracteres diferenciadores que afectaban a la tradición pictórica debían tener raíces más profundas que un simple cambio de moda en el arte. Inmediatamente intuimos que éste era un hecho que superaba a la misma conquista por los objetivos que lo movilizaban.

Nos aventuramos a enunciar una relación directa entre estas pinturas tan llamativas y la orden jesuítica, teniendo en cuenta que los jesuitas se apoyaron en las artes (música, pintura, escultura, danza, teatro) para comunicar a los indios su mensaje religioso, pero adaptando éste a la cultura e idiosincrasia del interlocutor.

A partir de estas teorías, nos preguntamos qué había sido lo que había motivado a los jesuitas para implementar una sustancial transformación de la tradicional figura angélica. A lo que nos respondimos que tal vez se tratara de una estrategia más de la Compañía de Jesús para llevar a cabo la evangelización, de una forma acorde con el nuevo mundo.

Pensamos que los llamados «Ángeles Arcabuceros» se convirtieron en una herramienta importante –a partir de los primeros años del siglo XVII–, para educar y lograr esa transformación profunda que los jesuitas querían en las culturas originarias. Es decir, se convirtieron en una estrategia pasiva para la conquista del indio. Los jesuitas aprovecharon las creencias de los indígenas en sus deidades emplumadas, llenas de color y otros elementos que podrían asemejarse a la apariencia de los ángeles de la religión católica, así como su gran asombro por los militares. Con esta fusión de componentes crearon una figura –el ángel arcabucero–, cuyo significado es superior; una figura estratégica para transmitir el

concepto de la evangelización jesuítica, que encajara con el nuevo mundo.

Los Jesuitas

La orden jesuítica fue la última que llegó a América, y desde un primer momento fue problemática para los colonizadores; tanto por el enfoque que le daban a la conquista como por los cambios que querían generar en la cultura y en las posibilidades de los indígenas. No pretendieron cambiarlos radicalmente, sino que trataron de encauzar sus usos y aptitudes con un nuevo sentido.

Para ellos la tierra descubierta no era una extensión de lo conocido sino algo «diferente»: raza, lengua, cultura, religión, geografía; todo era nuevo. Esto distingue a los jesuitas del resto de los conquistadores españoles, tanto militares como religiosos, que buscaban en América una continuidad de Europa, además de distinguirse por una obediencia ciega a la política papal que pretendía extender su dominio, en competencia con la monarquía española.

Su discutida concepción de las misiones como organización administrativa, económica y cultural; la distribución de las residencias, la organización de la familia aborígen, su concepción humanitaria del hombre y la mujer, la importancia que le dieron al desarrollo humano a través del arte, les trajo serios inconvenientes frente a una concepción opuesta de los colonizadores militares de España.

Las raíces del arte que había llegado a América no estaban unidas al neoclasicismo europeo o a la tradición grecolatina, sino que se asentaba en nuevas expresiones artísticas que se nutren de la recién descubierta realidad y son el producto de una enseñanza sistematizada por parte de los jesuitas a través de múltiples talleres.

Lo primero que tienen que cambiar es su relación con los indios, ya que ellos son los pro-

tagonistas de ese nuevo mundo que abarcaba, como dijimos: nuevas lenguas, culturas, paisajes, productos, animales, en fin, *nuevos cielos*. El desafío era aproximar al indio a la cultura europea, pero no de manera violenta, no a través de la conquista ni del autoritarismo, ya que muchos otros conquistadores habían recorrido ese camino a través de las matanzas de los indios y otras formas de sometimiento a lo largo de dos siglos.

Para hacer esa transformación, por un lado tenían que entender quiénes eran los indios y éstos a su vez conocer a los jesuitas. Para establecer la comunicación, los ignacianos aprendieron su idioma y de allí surgen los vocabularios y «diccionarios» con las diferentes lenguas indígenas, que eran muchísimas: las mayores y las menores (dialectos). Influidos por las ideas políticas de la época, los países que no formaban parte del catolicismo español (ingleses, alemanes y otros países protestantes) se interesaron en modificar las formas de vida de los indígenas, con un sentido más racional y técnico que espiritual, a través de sus sacerdotes jesuitas enviados a América. El trabajo de la Compañía de Jesús en este sentido fue excepcional. Cuando los expulsaron, se quemaron todas sus obras por orden de Carlos II.

Las figuras

La figura del ángel arcabucero se caracteriza por sus rasgos terrenales, despojados de la santidad y de la angelitud que son propias a este tipo de representaciones. Bien ubicadas en el contexto, lugar, época, moda y cultura en la que fueron pintadas, si bien tienen alas y una expresión de serenidad e ingenuidad que no coincide en absoluto con sus posturas y vestimentas, a su vez tienen características que les dan un perfil humano: están parados sobre el piso, cargando armas (arcabuces), tomando posturas militares y vistiendo a la moda de

los nobles españoles. Estos aspectos ambiguos nos llamaron la atención y nos advirtieron de que algo se quería comunicar a través de estas imágenes alejadas de la tradición pictórica conocida.

Pensemos que la imagen de un ángel tradicional no tiene relación con la cultura indígena, por lo tanto, este nuevo modelo se acercaba más no sólo al concepto jesuítico de la evangelización, sino a las percepciones del mundo más salvaje, que tenía el indio. Por lo tanto estas figuras angélicas tienen armas (arcabuces), vestimentas que deslumbraban a los aborígenes (que estaban desnudos o con ropas precarias), gestos delicados, de corte, no amenazantes, posturas suaves, detalles armoniosos como moños, sombreros, puntillas, etc. Todos elementos que conformaron ángeles distintos, siluetas ambiguas que representan, a nuestro entender, un ejército piadoso que no intenta destruir al hombre salvaje, sino incorporarlo a una nueva forma de vida, cuyo centro es el cristianismo.

Si bien los lienzos son anónimos, podemos proponer algunos nombres que los investigadores han determinado: Maestro de Calamarca Leonardo Flores, de la Escuela del Collao y José López de Ríos entre los pintores indígenas. Entre los jesuitas, ha trascendido el nombre de Bernardo Bitti, en Cuzco. Según el Prof. Burucúa,

«se resisten a todas las búsquedas emprendidas acerca de posibles orígenes europeos. Sus armas y atuendos y sus nombres (...) no responden hasta hoy a ninguna imagen conocida fuera de América» (1997: 443).

Precisamente el Cuzco (antigua capital de los Incas) fue el centro irradiador. Prontamente estas pinturas fueron ganando espacio, y tanto las obras de pintores formados o de aventa-



Ángel Yeriel. Uquía, Jujuy.

jados discípulos, se aglutinaron en centros o talleres ya existentes en todo el Altiplano, y se difundieron por América llegando inclusive a nuestro país.

Ese aluvión de obras originales se distribuyó por Europa y América pero en muchos casos se ha perdido. Puede agruparse en varias series, ninguna de las cuales se conserva completa. A pesar de que hemos señalado ya, que desconocemos el total de obras existentes que se hicieron para iglesias, capillas, oratorios,

institutos religiosos, hombres de la iglesia, familias importantes, y en general, interesados; se han podido determinar algunos lugares donde se conserva parte de todo lo realizado o logrado.

En la actualidad conocemos la existencia de cuatro centros en donde todavía se encuentran estas obras: Uquía, Casabindo y Yavi en nuestro país y Calamarca en Bolivia.

En la Iglesia de Calamarca, La Paz, Bolivia, levantada en el antiguo territorio de los in-

dios Pacajes; se encuentra como ya dijimos, una de las series más completas que se conservan. Para muchos estudiosos provenientes del Cuzco, comprende 36 cuadros pintados en la segunda mitad del Siglo XVII, dato que se conoce por el inventario que se hizo en la misma iglesia, en el año 1728. Esta colección se encuentra en el templo Santa María de las Nieves. Como detalle distintivo, los bastidores son del mismo tamaño. En la actualidad se conservan solamente diez obras. No hay, como en la

mayoría de los cuadros, firma de su autor ni documentación que afirme las autorías, sin embargo los investigadores coinciden en designar al Maestro de Calamarca como el autor.

En nuestro país, conservan algunos ejemplares la Iglesia de Casabindo, en la Puna. Sabemos de ellos por el inventario de don Juan de Herrera, 1702. La serie primitiva era de diez cuadros, en la actualidad solo se conservan ocho lienzos de vara y media, que los diferencian notablemente de otras series.



Ángel Letiel Dei- Cópia que se conserva en una colección privada en Toledo

También en nuestro país encontramos una serie incompleta de nueve lienzos en la Iglesia de Uquía, Quebrada de Humahuaca. Sus vestimentas reflejan la usanza de los militares españoles del siglo XVII, época de Carlos II, último de Austria.

Los cuadros de Uquía revelan una mayor expresividad y un uso de colores y formas similares a los de Calamarca, por eso se ha considerado que posiblemente hayan sido pintados en el taller de su maestro, Mateo Pizarro.

Se ha señalado la profundidad de sus rasgos andróginos que marcan su carácter angélico, con sus respectivos nombres: Miguel, Rafael, Gabriel y otros que, según los investigadores, indican su origen judeocristiano: Uriel, Ostel, Jeriel, Eliel, Salamiel, Baraquiel, etc. En un segundo trabajo, describiremos la vestimenta y las posturas tan particulares.

Según un antiguo inventario efectuado en la Iglesia de Yavi, se da testimonio de la existencia de 36 lienzos. En la actualidad no queda ninguno.

Las reproducciones de Ángeles Arcabuceros continúan en todo su esplendor, y se las realiza de manera exacta, en los talleres de la Colina de San Blas (Cuzco, Perú), y han brindado al mercado una cantidad considerable de ellas que aún atraen la atención no solamente de expertos, sino del público en general.

Conclusión

En función de lo analizado en esta primera aproximación a los «Ángeles Arcabuceros», queremos destacar estas reproducciones como una figura particular dentro de las estrategias de los jesuitas para catequizar.

En general estas figuras no eran consideradas obras artísticas –de ahí el anonimato de sus creadores– ya que eran utilizadas como herramienta de «difusión» para persuadir al indio de la nueva religión.

Siguiendo esta línea de pensamiento, consideramos que los *Ángeles Arcabuceros* son parte de esta concepción jesuítica, al imprimir en una figura tradicional como es la del ángel las características del nuevo mundo, tal como sucedía con otras producciones artísticas andinas, pero con la particularidad de que estas obras constituyen un fenómeno llamativo, en el sentido de que un episodio de esa época remota ha traspasado la barrera del tiempo y aun hoy continúa su producción en serie.

Referencias bibliográficas

- De Mesa, José; Gisbert, Teresa. *Los ángeles de Calamarca*. Cía. Boliviana de Seguros, 1983.
- Mujica Pinilla, Ramón. *Ángeles apócrifos en la América virreinal*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Kohut, Karl; Torales Pacheco, María Cristina (eds.). *Desde los confines de los imperios ibéricos. Los jesuitas de habla alemana en las misiones americanas*. Madrid: Iberoamericana, 2007.